

CURIOSIDADES HISTÓRICAS



LOS BASCONGADOS Y LOS VICUÑAS EN POTOSÍ

La gente bascongada se ha impuesto siempre como entendida, como conquistadora y como colonizadora donde quiera que se ha establecido, fuera de su tierra. Lo mismo en las Cámaras de los reyes en los pasados siglos, cual incomparables secretarios y administradores, que en la dirección y manejo de los pueblos más humildes, que en la realización de las grandes empresas marítimas y terrestres, que en la construcción de importantes obras, el genio de nuestra gente del norte ha brillado en primera línea, sosteniendo ese envidiable crédito de que aún disfruta, respecto á las cualidades de inteligencia, carácter, integridad y laboriosidad que por naturaleza la distinguen. Y si en Europa en las guerras y en la paz tanto ha brillado, tiene en la historia de América innumerables recuerdos de su valía. Entre ellos pocos hay tan curiosos como los de su preponderancia y luchas en la ciudad de Potosí, tan famosa en el mundo por sus maravillosos criaderos de plata, descubiertos por Juan de Villarreal en 1547, y que dieron hasta el año de 1800 más de 8.000 millones de pesetas.

Olvidadas están las memorias de lo que en la gran metrópoli boliviana ocurriera á principios del siglo XVII, y siquiera como pasatiempo interesante, bueno es consignarlo y saberlo. En Potosí á tres mil setecientos cincuenta metros sobre el nivel del mar se levanta un cerro de granito de doscientos de altura, que guardó y guarda todavía en parte, en sus entrañas, la riqueza argentífera que hizo proverbial su nombre en el universo.

A sus piés se extiende la ciudad de los mineros. Hacia el año de 1620 numerosa colonia de aventureros, que buscaban con codicia y con ansia dinero y placeres, formaron en Potosí un abigarrado vecindario de andaluces, extremeños, flamencos, italianos y bascongados,

que desconociendo á menudo la autoridad del corregidor y su representación regia, convertían el pueblo en sangriento campo de batalla, y mantenían viva la discordia, sin freno posible y sin miramiento alguno. En 1620 tenía la villa 140.000 habitantes. Dividido el vecindario en bandos, quedaron éstos, después de muchas peleas, reducidos á dos: el de los bascongados y el de los VICUÑAS ó criollos. Los primeros se imponían frecuentemente por su mayor disposición y actividad y porque con su trabajo industrial y mercantil habían logrado formar la parte más rica de los habitantes. Según escribió en los *Anales de la villa imperial de Potosí* el hijo de ella D. Bartolomé Martínez y Vela había ochenta azogueros, ciento sesenta mercaderes, y bascongados eran también los alcaldes veedores del cerro de las minas, «de suerte, dice, que ricos y con tales cargos estaban enseñoreados de Potosí y no hacían caudal de las otras once naciones que allí habitaban, antes por el contrario á todos los ultrajaban y vituperaban; por eso los criollos, añade el criollo Martínez y Vela, que naturalmente son punzoneros, considerando las demasías de los bascongados, pidieron á sus padres (castellanos, andaluces, extremeños y otras naciones) que de ninguna manera les diesen á sus hermanas en matrimonio á los bascongados.»

Esta positiva supremacía excitó la envidia y el odio de dichos criollos, y tales pasiones se convirtieron pronto en acicatos de tremendos combates. No eran los VICUÑAS, como pudiera creerse por este nombre de un pueblo bascongado, que llevan en Alaba muchas familias, gentes oriundas de nuestro país, sino que se llamaron así porque usaban como distintivo unos tremendos sombreros, hechos de lana de vicuña. Tenían como jefe á Antonio Xeldres, natural de Almagro, y al andaluz Luis Antonio Valdivieso, que profesaban acérrimo odio á los bascongados.

Cualquiera leve cuestión daba motivo para los encuentros. Una nieta de un bascongado tenía amorosas relaciones con un criollo, y para que su enlace no se verificara, acordó la madre de la muchacha que ésta se metiera monja. Acudió el novio á Xeldres y á Valdivieso, los cuales, seguidos de sus partidarios, se reunieron en la iglesia del convento el día de la profesión para armar escándalo, y así lo hicieron, matando al predicador, padre Fi, Pedro Alonso Trujillo, que se atrevió á recomendar la paz y la concordia con motivo de la fiesta del monjío. Huyó Xeldres decidido á venir á España, pero reunió antes en un

lugar apartado á sus amigos los VICUÑAS, y dejando por jefe á Valdivieso les excitó á llevar adelante la sangrienta campaña contra los bascongados, hasta que lograran expulsarlos de la villa, recomendándoles mucho que mataran al corregidor D. Pedro Berasátegui, á su cuñado D. Juan de Vidaurre, y á los capitanes D. Juan de Urbieta y D. Francisco Oyanume. Añadió que llevaba ochenta mil pesos de á ocho reales, para el viaje, y que pensaba ir á Roma, para que el Papa le absolviera de la muerte del P. Trujillo.

Juraron los VICUÑAS ante un crucifijo cumplir las Órdenes de Xeldres y se prepararon con todo tiempo y elementos para ello. El odio de los criollos se extendía á cuantas mujeres tuvieran relaciones con los bascongados. Un criollo declaró á algunos de estos: «que se había mandado á todas las mujeres que ninguna les acudiera en nada, pena de la vida; y que desde entonces en adelante las mujeres de los bascongados les habían de servir en la mesa y en el lecho.» La suscripción levantada para concluir con los bascongados ascendió, en 1622, á setenta y cuatro mil reales de ocho el peso. Menudeaban los asesinatos y otros crímenes, y un día se decidieron á dar el golpe, figurando como jefe de la turba el criollo Diego Zambrana, oriundo de Alaba. Juntáronse ciento cincuenta criollos, cincuenta entre andalucesy extremeños y de entre ellos eligieron doce capitanes. Entonces empezaron á usar los chambergos de vicuña. En junio de dicho año asesinaron á Juan de Urbieta y á cuatro paisanos suyos que le acompañaban. Entonces Berasátegui y Oyanume reunieron quinientos hombres entre paisanos suyos é indios, los armaron y se dispusieron á resistir, exigiendo al corregidor Sarmiento que se pusiera al frente de ellos, y el cual, por miedo, no aceptó tal encargo.

Convirtió Oyanume su casa en una verdadera fortaleza, en la que resistió ocho asaltos que le dieron los VICUÑAS. Al fin, en otra acometida cayó la casa en su poder, muriendo cuarenta bascongados, quedando muertos y heridos muchos criollos y repartiéndose los vencedores, después del saqueo, ocho mil marcos de plata en piña é infinidad de alhajas, joyas y piedras preciosas. En este terrible año de 1622 pereció la gente más noble y lucida del vecindario, sobre todo entre los bascongados; murieron 3830 personas de ambos bandos y más de 1000 indios, habiéndose saqueado 127 casas. Con tales horrores quedó muy reducido el poder de la gente bascongada y hubo necesidad de que el virrey del Perú, marqués de Guadalcázar, enviara algunas tropas para

sofocar la guerra civil de Potosí y castigar á los VICUÑAS, dando tal encargo al nuevo corregidor D. Felipe Manriquez, quien apresó é hizo ejecutar á bastantes criollos, batiéndolos como á bestias feroces. La crueldad del corregidor fué tanta que los VICUÑAS se conjuraron contra él, eligiendo como jefe de la rebelión al general Castillo. En 5 de Septiembre de 1623 penetraron en su palacio, lo hirieron, poniéndole en peligro de muerte, y quemaron el edificio. Aterrado el vecindario, viendo desbordada á la plebe, concurrieron las familias pacíficas á los conventos de los Jesuitas, Agustinos y Dominicos, y escondieron en ellos sus tesoros, que sumaban unos cuarenta y dos millones de pesos, y en cuya busca fueron los amotinados, trabrándose horrendos combates, sin que pudieran llevar á cabo la rapiña.

En Marzo de 1624 prepararon los VICUÑAS una nueva acometida á la villa. Cuando avanzaron sedientos de venganza, salió á su encuentro el P. Comendador del convento de la Merced, con el Sacramento en las manos, rodeándole multitud de mujeres y niños, que pedían á los invasores que no derramaran más sangre. Los VICUÑAS, conmovidos ante aquel espectáculo, accedieron á las súplicas y salieron de la villa. A punto estuvo, poco después, de renovarse la lucha á consecuencia de la cédula que el rey Felipe IV, accediendo á las reclamaciones de los bascongados, envió al virrey del Perú, para que procediese sin compasión á exterminar á cuantos figuraban en el bando criollo. Excitados estos al saber la noticia, convinieron con su general Castillo en fortificar la villa y en defenderse hasta morir, pero para evitar los nuevos males cedieron á los consejos de los vecinos pacíficos y de las comunidades religiosas, y celebraron un pacto de paz y concordia con los bascongados, en medio de grandes fiestas y regocijos. Abrazáronse públicamente los jefes de los bandos enemigos, á quienes obsequió con esplendidez, gastando 76.000 pesos, el rico minero criollo D. Agustín Solorzano, y como garantía de perpétua paz casó el general Vicuña Castillo á su hija doña Eugenia con D. Pedro Oyanume, hijo del jefe de los bascongados D. Francisco Oyanume.

Así terminó, por entonces, aquella tremenda guerra civil entre los pobladores y habitantes de Potosí, de la villa en que desde los primeros tiempos de su fundación, florecieron con sus notables hechos tantos hijos del país bascongado, como los compañeros de los descubridores de las minas Juan Villarroyel y Francisco Centeno, que fueron Iñigo de Mendoza y Pedro de Salvatierra; el alferez real D. Juan de Zárate,

que gastó en las fiestas de 1578 hasta 30.000 pesos de plata; el alcalde mayor Francisco de Esquibel, 1.549, y Pedro de Lerma y el contador Pedro de Zumárraga y el hidalgo Aguirre, víctima primero, y matador de Esquibel después, Vasco Godinez el pendenciero, «el más valiente de Potosí,» el que puso en su escudo las letras V. G. S. D. P. T. S. (Vasco Godinez Señor de Potosí), vencedor del manchego Montejo en el famoso desafío de San Clemente (1552), y descuartizado por orden del mariscal Alonso de Alvarado; Martín de Igarzabal, cuya muerte originó la lucha entre bascongados y criollos en 1600; Catalina de Erauso, la Monja alférez, que vivió en Potosí con D. Sancho de Mondragón; el factor Bartolomé Astete de Ulloa, pacificador de los Bandos, y su hija la heroica Margarita; D. Miguel de Tellería, explorador de la laguna de Tapaya, y otros, y otros muchos, cuyos nombres están consignados en las crónicas, historias, y tradiciones de la ciudad de Potosí.

La supremacía de la gente bascongada fué allí siempre muy grande y su memoria vá unida á la de la época más floreciente de la explotación de las minas. Así puede comprobarlo el curioso lector si se entretiene é ilustra repasando las obras de Martínez y Vela, ya citadas; de Alvarez Reyero acerca de los indios de Potosí; los comentarios reales de Garcilaso de la Vega; las historias y relaciones de Acosta y Sobrino, del palentino Diego Fernandez y de Eurico Martínez, y en fin, las Crónicas potosinas (costumbres medievales hispano-americanas) que publicó en Buenos Aires y en París el insigne escritor y propagandista de la cultura americana D. Vicente G. Quesada.

Capítulo breve es este que resume la significación é importancia de nuestra gente bascongada en un territorio famoso del interior de América, y por eso lo he registrado, para que conste entre los papeles curiosos que á nuestro país interesan.

RICARDO BECERRO DE BENGOA.

